REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 23 de Diciembre — Núm. 24

Año XV. No. 664

SUMARIO

Del homenaje colombiano al poeta Rafael Pombo en el primer centenario de su nacimiento

LA SEMANA DE POMBO

= De *El Gráfico*, Bogotá. =

Está bien que hayamos consagrado la semana al recuerdo de Pombo. El centenario del bardo fué conmemorado en forma plena con la erección de su busto, finamente tallado, en el parque de Santander, la colocación de una placa de bronce en el colegio del Rosario, la ordenación de retratos suyos para diversas oficinas, la edición popular de sus obras, el concurso de dibujos para sus cuentos inmortales, de poemas en su honor, de estudios críticos acerca de su significación en nuestra historia literaria, a lo cual se agrega el efusivo tributo de la prensa y sobre todo las magnas oraciones y las conferencias lucidas de monseñor Castro Silva, Ricardo Nieto, Alfonso Robledo, Bayona Posada y Lamus Rodríguez.

Don Rafael Pombo vio la luz el 7 de noviembre de 1833 y murió en Bogotá octogenario. Aunque viajó, desempeñó varios puestos oficiales y tuvo acción política, su vida espléndida fué la vida interior Como expresión de ella nos quedan sus poemas, tesoro inextinguible, en el que se hallan todas las gemas de subido valor, todos los metales nobles. Pulsó la lira casi desde la alborada de la existencia hasta el anochecer, y a ella le arrancó todos los sones, desde los épicos en honor de los héroes, las odas soberanas a las fuerzas de la naturaleza, las dolorosas elegías que arrancan lágrimas, los desesperados acordes de la duda y hasta de la blasfemia, los trenos filosóficos, la pasional exaltación, el tierno arrullo que acompaña el balanceo de las cunas, mientras en forma fantasmal desfilan personajes adorables por la imaginación inquieta de los niños.

Escribió en prosa también. Suyas son las Memorias acerca de la independencia, que aparecieron con la firma del general Manuel Antonio López, en las que hay descripciones tan hermosas como la de la batalla de Ayacucho, y algo de su mano quedó en las memorias de Páez. Hijo de uno de los hombres de mayor significación en la historia inicial de la república, tuvo la suerte de conocer de cerca a la mayor parte de los personajes de la hora grande, para beber en sus



Rafael Pombo

relaciones el embriagante licor que destila el patriotismo y para ofrecer su ayuda de narrador a algunos de los próceres. Con quien mejores relaciones mantuvo o a quien le fué dado conocer mejor, durante su permanencia en los Estados Unidos, se llamaba nada menos que el león de Apure.

Otra amistad suya, muy honda, muy íntima, con un individuo de su generación, grande entre los grandes de Colombia, de inconcebible sencillez, casi ingenuo, como de ordinario son los sabios, fué la amistad de don Rufino Cuervo. En alguna ocasión, en París, nos hizo el filólogo insigne la merced de mostrarnos una carta del poeta, en la cual le hablaba con un enternecimiento de abuelo de uno cualquiera de los muchos casos de crueldad o de abandono que los diarios publican acerca de los niños. Estaba allí su alma en plena transparencia. Asociados el candor y la ternura, el objeto de la carta era pedirle al sabio su ayuda para desfacer ese agravio En la correspondencia de esos hombres debe hallarse un tesoro. Sorprenderá acaso a la posteridad, cuando se descubra, la escasa complejidad de esos espíritus. Ya no le hablaba el hombre de la "Hora de tinieblas" al hombre de la polémica con don Juan Valera. Hablaban dos ancianos.

En esa vejez, "viajera de la noche", ya había lampos de eternidad. El cielo presentido dejaba filtrar su luz lechosa. En torno de las frentes consagradas por el pensamiento ya se advertía el halo de los predestinados, que terminaban la vida, prácticamente encerrados en sus alcobas respectivas, de Bogotá y de París, como quien cumple una condena, totalmente desasidos de lo terreno y falible, entregados a la meditación acerca de lo que no perece. Cualquiera que hubiera sido su juventud—y la de ambos fué pulcra—ya conversaban como de nicho a nicho.

Don Rafael Pombo! ¡Cuántas veces por las calles de la ciudad natal vimos pasar su grandeza! Figura desgarbada, enclenque, temblorosa, con la hermosura del creador por dentro! Había sido tan pródigo de su genio y representaba tanto del pasado glorioso, que la influencia de su estro alcanzaba a hacernos estremecer a los que éramos niños. Lo imaginábamos con Rin-Rin entre el bolsillo, listo para vestirlo sobre su mesa de trabajo y ponerlo a hacer cabriolas, frente al gato bandido y a doña Ratona. Eran los días de colegio y sabíamos de memoria "El ratón envinado", "El coche", "La viejecita", "El sermón del caimán", "Simón el Bobito" y "El cuclillo". No pudimos jamás, por difícil de aprender, con "Doña Pánfaga".

Y era ese viejecito el adutor, el inventor decíamos, de esas maravillas! ¡Cómo provocaba a decirle interminablemente, con la impertinencia adorable de los niños: "Invente más! No se canse!" O a averiguarle, como en el soneto delicioso de Isabel Lleras Restrepo, tan merecidamente premiado, si la gata perdonó y dio de comer a Michín después de sus aventuras o si doña Ranita pudo consolarse de la pérdida de su renacuajo. Nos llenó don Rafael Pombo la cabeza

de preciosas ficciones y creó compañeros para la Cenicienta, Barba Azul, Caperucita y todos aquellos imaginarios personajes que hacían enternecer a Silva y lo obligaban luego a decir profundamente: "cuentos más durables que las convicciones de graves filósofos y sabias escuelas", para elevar la eternidad del canto a las abuelitas de armiño y a la niñez perenne.

No deja de ser curioso que a un solterón empedernido como don Rafael Pombo le hubiera correspondido la forma más amable de la inmortalidad, la que nace en las almas infantiles y en ellas crece y de ellas se transmite a las generaciones. Se dijera que la paternidad es indispensable para la gracia y para la ternura de las fábulas y de los cuentos, cuando en realidad lo único indispensable es la capacidad emotiva, asistida por la inspiración y por la técnica. Pero es indiscutible que la posteridad recordará a nuestro poeta oceánico principalmente por todo aquello que en su obra fué un dón para los niños.

Por cuatrocientos cincuenta pesos hizo en verso castellano la traducción o adaptación inimitable de los cuentos pintados con que ganó dos millones la casa Appleton. Es otra curiosidad, como es otra iniquidad, de la vida. Pero mejor así, para acrecentar su semejanza con el hombre del cerebro de oro, del lindo cuento de Daudet, recordado en su tributo millonario por Ricardo Nieto. El pródigo de sí mismo nada conserva para sí. El oro de sus minas queda para todos los troqueles. Para él es suficiente saber que ha sido el oro.

L. E. Nieto Caballero

RAFAEL POMBO Y EL REGIONALISMO

= De *El Tiempo*. Bogotá. =

Ninguno entre los poetas colombianos de la plévade desaparecida, cultivó con menos deleitación que Rafael Pombo su propia gloria. Debía, sin duda, tener plena conciencia de su valer, porque el genio posee la noción clara de su mérito y es siempre el mejor crítico de su obra. Pero en Pombo la modestia más esquiva parecía presidir el hervir bullidor de las potencialidades de su alma multiforme. Dispensaba, a la manera de Lope de Vega, las perlas de su ingenio, mago de la palabra creadora, sin inquietarse, siquiera, por dejar copias de los cantos en que condensaba la virtud animadora de su espíritu luminoso y de su corazón, que podía exclamar, en el éxtasis del idealismo:

Como el camello abreva en el oasis
y luego andando con su fuente va,
así, para cien años de desierto
mi corazón abastecido está.

Nunca quiso editar un volumen de sus versos. Tal parece que hubiera deseado dejar esa tarea a la patria, presintiendo que ésta, a medida que se iría creando a sí misma, acudiría a buscar a su poeta máximo, como Italia a su Dante, como Alemania a su Goethe, como Francia a su Hugo, para congregar sus fuerzas de vital armonía a la sombra de su gloria y colocar su efigie en el altar de su futura grandeza.

El animador de los ideales patrios; el combatiente por su unidad política; el que nunca conoció la emulación malsana y se desveló persiguiendo a la belleza por senderos humildes, o sublimes eminencias; el amador de las pequeñas verdades y el de los grandes arrestos para penetrar en la esencia del cosmos; el que sintió a la patria y a la raza con dinámico sentimiento; el que cantó para las multitudes y arrojaba diamantes de brillo inmaculado para que se detuvieran a recogerlos los elegidos de la sensibilidad y del pensamiento; el que se abismó sobre el Niágara en su "exótico trance", en el "vértigo de voluntad tremenda", y llegó, en opinión de Rufino José Cuervo, a igualarse en un instante de sublimidad homérica al mayor de los poetas de la humanidad, Rafael Pombo, el de arpa omniluciente, apenas empieza a ser conocido por sus compatriotas. Fuera de nuestros país es casi ignorado, hasta el extremo que un gran crítico español, a propósito de un estudio sobre el poeta, publicado en un libro del autor de este artículo, decíale: "Usted ha descubierto un gran poeta americano, del cual sólo teníamos noticias por lo que escribió Menéndez y Pelayo sobre la poesía hispano-americana".

Las razones para que Pombo haya pasado inadvertido durante muchos años son perfectamente claras. La primera y suficiente, que el poeta nunca coleccionó sus versos. Por lo demás, está bien que a la montaña no se abarque de una mirada, ni se la descubra en un solo día. La selva pombiana es inmensa, y necesítase de paciencia y de amor para recorrerla. Sin amor y sin paciencia jamás llegaremos a penetrar en lo verdaderamente grande, en Dios y en la patria, en el numen divino de los poetas elegidos, y en el corazón profundo del universo que nos abrasa con sus llamas.

Para la mayoría de los jóvenes de la generación que tiene por supremo invento el cinematógrafo, Rafael Pombo sólo es un poeta romántico, quien atinó a componer una serie de fábulas y de cuentos para niños. Y, cosa curiosa, la juventud de hoy detesta el romanticismo y, sin embargo, admira el arte de las fotografías animadas, que es pavorosamente romántico, porque es el desorden y la falta de mesura, llevados a un extremo que no concibieron Byron y Hugo.

Otros se detienen ante la obra del poeta colombiano, perplejos y desconcertados, sin hallar la manera de juzgarlo con acierto.

Pombo fué a manera de un sol que tuvo su orto romántico, con delirios y trances en que el sentimiento, perdida la mesura, divagó en el vacío. Mas el astro ascendió por el cielo hasta iluminar desde el cenit los ámbitos, los plácidos senos y los abismos insondables de lo creado, de lo que habla y de lo que permanece mudo. En el cenit de su ascensión el poeta recoge en su alma las armonías del mundo material, del cosmos inasible, y del espíritu, suprema vibración de la luz en el cerebro humano. Los viajes —este viaje de la vida tan duro para los elegidos—el estudio de los clásicos antiguos y modernos, ponderan y equilibran las fuerzas de aquella naturaleza indómita, de aquel numen insaciable, en donde la sombra y la luz parecían librar una batalla luciferina; y el poeta transfigurado por el dolor y la frialdad del conocimiento, aléjase del mundo de los fantasmas románticos y se consagra a pulir las aristas de su sensibilidad excesiva, para verter en sus poemas acendrados pensamientos. El romántico llega a ser clásico en el más noble sentido del vocablo, porque ser clásico en un poeta, en un artista de la palabra, es aprender el divino oficio de concentrar las armonías del universo dentro de la realidad presentida y las formas cambiantes de la expresión y de la vida.

Destinado por voluntad de los dioses a vivir luengos años, a semejanza de algunos de sus hermanos mayores en el reino de la belleza, Rafael Pombo evoluciona con el arte poético, y, a la manera de los grandes ríos, siempre dispuestos a recibir nuevos caudales de aguas y a reflejar los paisajes que encuentran en su viaje hacia el océano, comprende y se asimila, dentro de su indómita originalidad, los elementos de renovación que la escuela parnasiana había aportado al arte, como reacción saludable contra las avenidas del romanticismo. Y escribe el poeta colombiano sonetos que son ánforas de pulidos relieves y estrofas que parecen labradas con el buril de un Benvenuto. Más aún, avanza hasta la casa en donde, al decir de Renan, los "decadentes" se complacían en chuparse los dedos, como niños bobos, y tortura Pombo las formas clásicas, confunde los matices y empareja, en cierto modo, con José Asunción Silva en la delicuescencia de los sentimientos. Si en nuestros días aún viviera, habría compuesto versos "dadaístas", con asombro de los más avanzados corifeos de la "vanguardia".

Al llegar el centenario del nacimiento de Pombo, la crítica de sus compatriotas estudia al poeta romántico y al enlabiador delicioso que logró hacer hablar, con sencillez admirable, a los animales en algunos de sus "cuentos pintados para niños", en los cuales la originalidad no se halla, precisamente, en los temas como en la sutil gracia de la forma. El poeta cósmico, quien sentía las voces inarticuladas del universo; el poeta místico, que hablaba con Dios y con Dios mantuvo permanente combate, cuya resonancia intentaba apoyar en el silencio de su alma; el cantor del paisaje de nuestros campos y montañas; el que elevó hasta su sitial de ébano al bambuco humilde y al torbellino; el poeta excelso que luchó por crear en el alma dispersa y hoscamente regionalista, el sentimiento de la unidad nacional, ese todavía no ha sido estudiado suficientemente. Si esta nación ha de salvarse de la adversi-

dad que a cada momento le tiende lazos, y es mañana el gran pueblo en que soñamos los discípulos de Pombo, el egregio cantor de la Patria, tendrá no sólo el monumento que recuerde al autor de las fábulas infantiles, sino el altar abierto a todas las recordaciones, al cual nos acerquemos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, a depositar las sencillas ofrendas de nuestro amor. En ese monumento estarían presentes, como símbolos de la unidad patria, nuestros ríos, arterias del territorio, que lo abrazan y unifican.

A la luz de nuestro cielo danzarían las garridas parejas al pie del monumento, sombreado de palmas. Y hombres y mujeres dirían: "Allí está en efigie quien a todos nos amó, porque su alma era capaz de asimilar las almas de los demás hombres. Allí está quien comprendió que la patria era una e indivisible". Pombo el poeta "de alma innumerable, como dirían los griegos, o de universal afinidad, como diríamos hoy, según leemos en el magnífico elogio que ha hecho del poeta el sabio y discreto Rector del Colegio Mayor del Rosario, nos enseñó a amar, con amor sin desfallecimientos, ni espasmódicos alardes, la unidad de la patria cuando en nuestra infancia, los maestros de la escuela nueva, destruída más tarde al golpe de la piqueta regeneradora, hacíamos cantar aquellos ingenuos versos del autor de los bambucos:

Yo no soy de Cartagena,
Popayán ni Panamá,
ni de Antioquia, ni de Neiva,
ni del mismo Bogotá.

Una patria tan chiquita
no me llena el corazón,
patria grande necesito,
soy de toda la nación.

Entonces nos satisfizo el poeta un anhelo que no hallaba camino de expresarse en nuestra alma de niños: "¿De qué país éramos?" Porque al salir de la escuela escuchábamos en labios de las gentes expresiones como ésta: "Nosotros somos antioqueños. Al otro lado del Chinchiná y del Cauca se halla Colombia".

Y como el que esto pergeña había nacido al otro lado del Cauca y era hijo de antioqueña y de cundinamarqués, pensaba: "¿De dónde seré, de Antioquia o de Colombia?" Eran aquellos, brotes de un feroz regionalismo, que empequeñecía el concepto de patria, resultado del aislamiento en que vivían las diversas comarcas y del hosco individualismo de los iberos, heredado por nosotros, y también patente resultado de la forma federal, en mala hora iniciada por los conservadores en Panamá y extendida por los constituyentes de 1863 a la república entera.

Entre las nieblas de la nesciencia infantil y la tolvanera de la guerra intestina vemos desfilar a los "catorce mil" soldados antioqueños que iban a combatir contra los "colombianos" en los Chancos y en Garrapata.

Un día en que, ya adolescentes, conversábamos con el poeta egregio en el mismo jardín en donde ahora elévase su busto en mármol, esculpido con deleite por un artista nacional, nos dijo Pombo: "Entre ustedes y nosotros (liberales y conservadores) no existe más profunda diferencia que ésta: Ustedes son federalistas y nosotros centralistas". Por aquel tiempo redactaba el genial poeta un periódico, "El Centro", en cuyas columnas publicaba artículos en defensa de la tesis que el patriota consideraba fundamental motivo de controversia entre los partidos colombianos. "El federalismo aún está vivo—agregó don Rafael—y si no se le reduce causará graves males".

Estas palabras del maestro, a quien empezábamos a comprender, nos dejaron honda impresión.

En días en que la patria necesita con mayores veras del concurso de todos sus buenos hijos para formar un haz de acero en su defensa, los descendientes de aquellos "catorce mil" tratan de desplegar la bandera de un regionalismo federativo, que ya creíamos muerto y sepultado.

Max Grillo

ESTAMPA DE POMBO

= De *El Espectador*. Bogotá. =

Los cien años que hoy se rompen con música de agua sobre la cabeza de Rafael Pombo nos traen un poco de tiempo viejo, nos vuelven los ojos hacia el siglo xix, que nos parece ahora como un naufragio en cuyas olas flotan al azar el manuscrito de los Derechos del hombre y el sombrero de copa de Alfredo de Musset.

Estamos contemplando por última vez la estampa del poeta de rojiza chivera que dobla el siglo a bordo del romanticismo. De pie sobre la popa, el viento le alborota los escasos cabellos y los faldones de la levita y lo lleva cada vez más lejos, mientras nosotros desde la orilla de nuestro tiempo movemos las manos y las voces saludando el pasado que se va, con sus antiparras, sobre el mar. Eso es el centenario.

Como poeta Pombo representa maravillosamente el diálogo del hombre con el cosmos, que es toda la historia del romanticismo y que explica su teatralidad y su "tempo" en pretérito perfecto. Por el telón de sus poemas cruzan el amor y la muerte como dos personajes dramáticos que no saben que están haciendo drama porque trabajan en un escenario de infinito y para un pueblo de símbolos.

Cuando Pombo escribía sonaba aún sobre Europa la voz de Byron, aquel cojo bello que amaba el pecado, las calaveras y la natación. Sobre Santa Fe de Bogotá surgía al filo de la media noche la vieja Salamanca de don Félix de Montemar llena de campanas y de fantasmas. Por eso Elvira Tracy pudo morir de amor en un cuarteto, y por eso el ánima de Pombo tembló muchas veces sobre el minutero que señalaba con su brazo inmóvil la hora de tinieblas.

Pero cada época es un balance de preferencias al cual tiene que ajustarse el pasado si quiere sobrevivir. Desde el vértice de nuestro corazón de hoy tenemos que mirar el paisaje de la historia para hacerlo nuestro, para tornarlo vivo. ¿De Pombo qué nos queda? Dos cosas igualmente significativas. El croquis que de su fea perspectiva hiciera Alberto Urdaneta en un álbum de tapas labradas y de hojas marchitas, y los cuentos infantiles sobre cuya música se doblegaron tres generaciones de cabezas niñas pesadas de sueños.

Por el gobelino de nuestra niñez que tiene siempre al fondo una turbia ciudad de recuerdos, corren todavía las botas de Michín, mosquetero de los tejados sin fortuna y sin tacha, trota el ratón Pérez con Rin Rin Renacuajo, y pasan con sus tambores los soldados, mientras en su palacio la pobre viejecita se duerme bajo el ojo vivaz de los lacayos, y en la oscura cocina los tizones se visten de rojo para la Cenicienta.

Jorge Pradilla

RAFAEL POMBO

= De *El Espectador*. Bogotá. =

Una de las tachas que con mayor ocurrencia, aunque no siempre con justicia, suele oponerse a la labor de algunos elementos de las generaciones recién veni-

das a la brega intelectual, es la de que un exagerado sentimiento acerca del propio valer no se equilibra, en la mayoría de las veces, con una adecuada información sobre los temas o motivos que solicitan aquella labor o dan pretexto a ella.

Por lo que hace a nuestro Pombo—que es hoy el caso concreto de este comentario—es preciso reconocer que no han sido felices, ni con mucho, ciertos equipos que a sí mismos se califican de "vanguardia", y que al pretender en breves notas ocasionales madurar un juicio o lograr un concepto sobre el poeta, sólo han logrado exhibirse en un lamentable sitio de "retaguardia", en lo que se refiere al conocimiento de su obra.

Porque sólo la ignorancia de ella—muy posible, por lo demás, como luego veremos—explicaría, aunque no disculparía, a esos críticos en agraz, que en trance de máxima generosidad, han condescendido en calificar a Pombo como a un buen poeta romántico.

Dentro del panorama de una cultura nacional fuertemente estructurada, que todos ambicionamos, es preciso que la vinculación de las mentes nuevas con los grandes valores representativos de ayer y de siempre, se haga a base de buena voluntad y, sobre todo, de buena fe.

Rafael Pombo fué en sus comienzos un poeta romántico para pagar alcabala al gusto de su época, en la misma forma y medida en que ciertos ingenios, y otros que no lo son, suelen hoy rendir tributo a las efímeras modas del día. Pero su recia personalidad logró pronto despojarse de esos grilletes románticos, como había roto antes las cadenas clásicas; y libertado ya para siempre de esas odiosas denominaciones de escuela, tan gratas a la pereza mental y a la personal insignificancia, no fué en adelante más que poeta, el poeta, nuestro mayor poeta.

Después de él, algunos—como Silva—lograron sutilizar la emoción hasta hacerla casi inefable en la ingravidez de sus cantos. Después de él, otros—como Valencia—han sabido hallar para el pensamiento fórmulas de condensación desesperantes por perfectas. Pero ninguno, como él, ha recorrido entre nosotros—y hablo de todas las patrias americanas—con decoro más soberbio la escala infinita que va de Edda romántica, al elogio del Bambuco, acaso el más autóctono de sus cantos; de las estrofas parnasianas, cinceladas como un mármol en honor de Ricaurte, a los versos de seda y armiño en que adelantándose a los poetas del decadentismo, hizo miniaturas preciosistas; de las canciones patrióticas y las fábulas encantadas, a los acentos solemnes de "En el Niágara" y a las voces ultraterrenas de sonetos como "Dios" o "De noche". Mejor aún que poeta universal, Pombo fué poeta cósmico.

Y, sin embargo, aún existen quienes a esta hora sólo lo conocen como al autor de "La hora de tinieblas", de "El gato bandido", o peor aún, de malaventuradas improvisaciones en un álbum o en una fiesta nupcial.

La culpa de este desconocimiento cobija, en cierto modo, a las entidades que no han sabido o no han podido vivificar, haciéndola accesible, una obra poética que hoy se halla momificada en cuatro volúmenes voluminosos.

En buena hora que allí se encuentre toda, para solaz y deleite de los eruditos. Pero sin duda alguna haría por la gloria del poeta más que los bustos y los mármoles glorificadores, una edición seleccionada de sus poesías, hecha con criterio de amor y con amplitud de conocimiento.

Para esta labor, acaso estaría indicado un crítico que ya se ha adentrado magistralmente en el estudio de Pombo, Max Grillo, cuya sensibilidad artística no es sospechosa para las nuevas generaciones, y cuya amplitud mental le ha permitido encontrar similitudes entre el poeta cuyo centenario hoy se conmemora, y Shakespeare, el de la lira omnilucïente.

Roberto Liévano

Versos nuevos

= *Envío de la autora* =

ROMANCE DE LOS DIAS QUE VIENEN

Para Emilia Prieto y Paco Amighetti

¡Romance que entre mis sueños
ya vislumbro en el mañana!
No bastan para cantarlo
melodías ni palabras.

Más honda belleza esconde
la diadema de las canas
(ceniza del desencanto,
de las tormentas escarcha),

que la guirnalda de rosas,
rosas rojas, rosas blancas,
gala de la primavera
en la cabellera fatua.

Años que van encorvando
poco a poco las espaldas...
Pupilas que tanto vieron,
quietas pupilas cansadas....

Y, sin embargo la vida
no será triste ni amarga:
que recogeré en el hijo
la cosecha de esperanza.

¡Nuevo arpegio de mi canto,
miel de la fruta en la savia,
crisálida que se rompe,
zenzontle que abre las alas!

Ufana en mi nueva vida,
entre orgullosa y mimada,
he de ser la reina-madre,
he de ser la niña-anciana.

Mi brazo en su brazo fuerte
por la sombra y la distancia.
¿Quién tendrá el paso más firme
y quién irá más confiada?

Míos su empeño y su triunfo,
su júbilo mi alborada;
guardiana de sus secretos,
compañera de sus lágrimas

cuando amor llegue en la linda
adolescente azorada,
que a su anhelo corresponda
con ilusión y con ansias,

ha de encontrar mi ternura
para envolverla esperándola.
¡Y aunque la lengua enmudezca
tendrá que hablar la mirada!

Será en noche de verano,
bañada de luna clara,
cuando pétalos de raso
abre la magnolia pálida,

y arrulla en el limonero
la paloma desvelada,
y hay fragancia de azahares
en el patio de la casa...

Habré peinado, por ella,
con más cuidado mis canas;
y, a pesar de mis arrugas,
he de vestir ropa blanca.

Trémulos los labios secos
besarán su frente casta
y encenderé mis cenizas
en el calor de sus llamas!

Mejor que el romance de hoy
es el de mañana!

ROMANCE DE LOS DIAS QUE FUERON

Para María y Paco Gamboa Arango

Júbilo de la mañana.
Algarabía de pájaros.
Collar de sueños azules
en hebra de oro ensartados.

Alas de la golondrina
en la comba del espacio.
Voz del viento entre maizales
y un río que canta a saltos.

Fragancias de la tierruca:
reseda, heliotropo, nardos...
Arrayanes del camino
luciendo sus gajos blancos.

Plumas verdes de la palma,
racimos del emparrado,
y toda la miel del trópico
en el corazón del mango.

Sencilla la dulce vida
se iba dichosa entregando
y colmaba cada goce
como la amada al amado.

Y yo, quince años inquietos,
persiguiendo anhelos vagos,
candorosa y espontánea
inventaba versos raros.

Sonaba la risa loca,
—¿habría un nido en mis labios?—

y era tanto el regocijo
que se enredaba en mis pasos.

¿Cómo adivinar que al sueño
sigue siempre el desengaño,
si no sabía del mundo
no conocía el pecado?

Meciase el corazón
en las ondas de mi canto:
la "flor de la maravilla".
en los jardines de Mayo.

Pero el amor y el dolor
cobardemente acecharon,
y fuí herida en el camino
por una flecha y mil dardos.

Aletazos de huracán
casi me despedazaron.
El Sol ocultó su lámpara
detrás de un cielo nublado

Como el colibrí en la sombra,
perdí el tornasol de encanto.
Noche adentro, ciega y sola,
fuí por el camino largo.

Y terminó en la negrura
el romance del pasado...
¡Almíbar de los recuerdos
ya te vas volviendo amargo!

Claudia Lars

Tierra Blanca, Costa Rica,
noviembre de 1933.

Estampas

Sin sentir sus luchas, sin oír la voz de sus hombres militantes, no podemos gritar a la plutocracia yanqui: ¡Con Cuba estamos!

= *Colaboración* =

Grande asunto para la meditación de todos estos pueblos de la América nuestra es Cuba. Mírenla sin afectar celo para que no hagan lo del diplomático panamericanizado. Siéntanla asediada por las fuerzas imperialistas que han hecho de ella factoría.

Vencido acaba de salir de la isla caótica el señor Sumner Welles, quien goza de una buena experiencia en el trato de gobiernos y revueltas "latinoamericanas". El segundo Roosevelt no improvisó en el señor Welles a agente diplomático que pudiera acabar con el gastado machadato. Destacó precisamente lo que llaman en el lenguaje de la conquista imperialista "experto". En la Argentina aprendió nuestra lengua con perfección que le permite prescindir del intermediario, cuando maneja negocios "latinoamericanos". En Santo Domingo fué "comisionado" del Departamento de Estado para pactar la evacuación militar yanqui mediante tratados ventajosos para su gobierno. En Honduras hizo que los caudillos de la revolución de 1924, que no encontraron un sitio de honor en su propio suelo para entenderse honradamente, se reunieran a bordo de acorazado yanqui y allí depusieran armas y sostuvieran a gobierno provisional. Es nutrida su andanza por estos países, porque después vuelve a suelo dominicano y es consejero del presidente Vázquez y mediante su influencia el general Dawes le hace la merced a Santo Domingo de arreglarle sus finanzas. Este país lo atrae y escribe sobre él obra en dos volúmenes y con título en inglés, "Naboth's Vineyard".

"Experto" de los codiciados por el imperialismo, es el señor Welles. Como "experto" lo sitúa su amigo personal el segundo Roosevelt en la isla cubana. El machadato se ha gastado y es preciso aparentar que el Departamento de Estado de la Administración Roosevelt fué el que acabó con esa iniquidad. El régimen está excesivamente podrido y con poco esfuerzo cae. El señor Welles satisfecho ordena gobierno provisorio y siguiendo la experiencia cosechada en Santo Domingo, pide al Departamento de Estado que haga el servicio grande a Cuba de arreglarle sus finanzas. Son designados dos "expertos" que con el carácter de empleados o funcionarios de la Embajada norteamericana en Cuba harán el bien de ponerle orden a la finanza que el machadato ha dejado ruinosa y desgraciada.

Pero el cubano chasquea terriblemente al "experto" señor Welles con la contrarevolución que desaloja el poder del Departamento de Estado de la política de Cuba Desde ese momento el señor Welles ha fracasado y no tiene prestigios ni autoridad para imponerse a un pueblo que quiere libertarse de la opresión brutal de la plutocracia yanqui El señor Welles mueve influencias para volver a recobrar aureola pero todo se ha perdido para él, hasta el honor. El resultado de

MATLA (y 9)

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= *Envío del autor.* Alajuela, Costa Rica, 1933. =

Entre bailes y borracheras llegó el atardecer con un sol rojo que tiñó de sangre personas y cosas. Se aproximaba el gran momento. El pueblo, ahito de chicha, comenzó a apiñarse alrededor del siniestro altar de la muerte. Los atabales callaron su monótono bum bum en espera de la cruel ceremonia. A la pálida lumbre del ocaso la piedra de los sacrificios se recortaba con perfiles espectrales y sus toscos ornamentos destacaban con brillo fúnebre. El astro agonizaba por instantes.

De pronto en la multitud se hizo absoluto silencio: por la empalizada marchaban las víctimas, las manos atadas a la espalda y los pies sometidos al tormento de las ligaduras; andar lerdo, dificultoso, vacilante como de un ebrio, perezoso como de un buey cansado. Más que caminar aquellos desgraciados, que pronto no serían sino piltrafas sangrientas, sombras del Gran Misterio, se arrastraban sobre el polvo, en el cual iban dejando una huella rojiza. Les precedían seis sacerdotes, el principal de los cuales, o Gran Sacrificador, vestía túnica roja con flecos blancos; en la cabeza, corona de verdes y amarillas plumas y una blanca sobre la frente; en sus orejas, pendientes de hilos de oro, gordas esmeraldas; sobre el pecho gran patena áurea, símbolo del sol; en los brazos anillos del mismo metal; y al cinto delgado cuchillo de jade, primorosamente labrado, en cuyas caras pulimentadas se quebraba la roja lumbre del crepúsculo. Sus compañeros usaban túnicas blancas, sin mangas, sujetas a la cintura con fajas de algodón; cabellos sueltos y lustrosos; sobre éstos, ciñendo la frente, ancho cintillo carmesí; no portaban joyas ni plumas.

Siete los candidatos a morir. Tres víctimas voluntarias. Los restantes, condenados sin piedad. Entre éstos, ¡ay!, Matla, que a pesar de su ancianidad, erguía el rostro con forzada altivez. Iba en medio como si sus compañeros de martirio, quisieran hacerle guardia hasta última hora. Al pasar de la multitud recibía el insulto, la maldición; pero ella no miraba a nadie, no quería oír nada: indiferente, insensible, ciega la razón. A su lado el llanto, la protesta desesperada e inútil de los que iban a morir a la fuerza. Y Matla no vertía una lágrima: en su faz habíase posado la fría impasibilidad de los ídolos.

Cuando entraron en el cuadrado del altar, los encargados del culto subieron a la plataforma al ritmo agónico de los timbales. Este ascenso marcó la primera faz del sangriento rito. En un instante seis de los prisioneros fueron derribados y maniatados más fuertemente. Matla fué respetada y permaneció de cuclillas sobre el polvo, aunque cualquier violencia que se le hubiese hecho sufrir, la habría recibido sin el menor gesto de protesta: parecía un cuerpo sin alma.

Los sacerdotes cubrieron la mesa sagrada con un manto de púrpura y se colocaron de espaldas al pueblo en actitud

esa pérdida es el retiro que ha hecho el Departamento de Estado de su persona, sustituyéndolo por el señor Caffery, otro "experto" codiciado.

A Cuba debe ir agente en quien el Departamento de Estado tenga ejecutor imperioso de su política, porque Cuba ha sido sitiada por la conquista de una plutocracia que está haciendo de su nación un imperio. El fracaso del señor Welles hace variar de táctica al Departamento de Estado y envía al señor Caffery, con más años y más habilidades de todo género. Colombia fué para el señor Caffery campo en donde penetró certeramente. Las leyes petroleras que hombres despiertos habían puesto a regir como dique contra la voracidad imperialista, tuvieron en el señor Caffery como funcionario del Departamento de Estado a un certero aniquilador. Sólo este hecho le da relieve grande. Luego se apodera del mando mediante la traición cuartelaria el sanguinario Martínez y el Departamento de Estado sitúa en El Salvador al señor Caffery. El resultado es que Martínez continúa en el poder entendiéndose con banqueros y negociantes yanquis sin que haya tenido el menor tropiezo a pesar del no reconocimiento aparente de ese mismo activo Departamento de Estado. El señor Caffery arregló bien las deudas de El Salvador provenientes de empréstitos y demás créditos dados por banqueros imperializantes y el gobierno de Martínez subsiste. Eficaces los conocimientos del señor Caffery como "experto" en asuntos latinoamericanos y son aprovechados por el Departamento de Estado. Sale de función eminente en ese Departamento y recoge la Embajada que el señor Welles no pudo sostener imperiosamente.

Por eso decimos que es grande asunto el de los sucesos que está viviendo Cuba y no puede pasar sin que meditemos y hagamos nuestra censura y demos juicio que ayude a la nación acechada a defenderse El Departamento de Estado etá vivamente interesado en no permitir a los cubanos que ordenen sus propios problemas sin la intervención a que él pretende tener derecho en virtud de las inmensas inversiones de capital que hacen de Cuba una factoría yanqui. Declaró el segundo Presidente Roosevelt que su fin era ayudar al cubano a libertarse del machadato y con ese espíritu situó Embajador de su confianza. Cae Machado y Roosevelt se obstina en no dar reconocimiento al Gobierno que barre con la organización hecha por el señor Welles. Es decir, proclama que los hombres que están en posesión de los destinos de Cuba no son merecedores del apoyo del Departamento de Estado. Con lo cual azuza la inconformidad que siente que el establecimiento de un Gobierno no sumiso a las fuerzas imperialistas es mal terrible para sus codicias y rapacidades. Si fué ayuda lo que hubo el noble ánimo de dar al cubano de honor, no tiene justificación la negativa a tratar con hombres empeñados en gobernar de acuerdo con principios nuevos, totalmente distintos a las normas de la barbarie del machadato.

Mas lo cierto es que Machado se había gastado y ya no le servía al Departamento de Estado. Se juzgó que el cubano iba a entregarse a todos los regocijos olvidando que el machadato era simplemente un accidente. Y cuando se le ha visto que tiene un plan de defensa y que lo hace regir sin consultar pareceres de la Embajada Norteamericana, se le cerca y se quiere hacer de él un juguete miserable de los caprichos del Departamento de Estado. Esos caprichos prepararon el Gobierno efímero de un anciano sin visión ninguna para dar la batalla que libere a Cuba de su esclavitud económica. Con él pensaba el imperiilismo cambiar decorado y dejar a Cuba arrastrando la misma cadena esclavizadora. Las organizaciones bancarias e industriales norteamericanas no podían quedarse sin dominio sobre el Gobierno cubano. Dándole oportunidad a hombres sumisos al yanqui se aseguraba en la Administración Pública el amparo para tales organizaciones. Con Machado hicieron enormes negocios y el déspota prostituído les fué entregando cuanto ellas pedían para expansionarse y cerrar más una dominación inicua sobre la Isla. Los cubanos en el padecimiento terrible fueron recogiendo los actos de complicidad del yanqui con el machadato. El Departamento de Estado jefeado por las Administraciones de Coolidge y de Hoover amparó al tirano y supo de todas sus infamias en daño de un pueblo inteligente y trabajador. Machado tuvo la protección incondicional de esas Administraciones que empujaron a la Electric Bond and Share y al Chase National Bank entre los arietes de mayor destrucción. Es decir, el Departamento de Estado usó a Machado para convertir a Cuba en factoría norteamericana.

Los cubanos—hablamos de los cubanos de honor, no de los descastados que

---

de plegaria. El Cacique, densamente pálido a pesar de las frecuentes libaciones del día, consultó el cielo y, advirtiendo que el sol tocaba casi el horizonte, ordenó iniciar el solemne acto. De la multitud salió un sordo y prolongado murmullo. Luego la quietud se hizo completa. Los timbales no cesaban su monorrítmica lamentación...

Y fué en ese momento cuando los sacerdotes tendieron sobre la sagrada piedra a la primera víctima. Apretada mordaza impedíale sacar la voz y casi le asfixiaba. Las ataduras le estorbaban todo movimiento. Pero sus ojos giraban para todos lados, dilatados de terror, como buscando un rostro amigo, un gesto de compasión. Miraban sin luz, ensombrecidos de angustia. El cuerpo se retorcía como metal en crisol, sobre la siniestra piedra... Pronto no fué más que despojo sangriento que devorarían los cuervos en macabro festín.

Uno a uno fueron los otros obligados a ofrendar su corazón a la feroz deidad. El pueblo observaba con estúpida veneración. Los tambores no interrumpían sus fúnebres bum bum...

Cuando llegó el turno a Matla, ésta se incorporó lentamente Hasta entonces había permanecido con los ojos bajos, negándose a contemplar la terrible escena. Por primera vez parecía darse cuenta de su situación; sus ojos, gastados y secos, perdieron una mirada en el azul oscurecido del cielo, y luego, se posaron, con asombro, en la multitud que la rodeaba. Por doquiera hallaba hostilidad, gesto de acusación. Con movimiento instintivo volvióse hacia el Cacique, quien, al sentir sobre él los ojos mortecinos de aquella mujer que le nutrió de niño, cerró los suyos, vencido. Matla pareció no advertirlo. Miró al cielo de nuevo, dejó ahogar en sus labios una última palabra e irguiéndose cuanto era posible, dirigióse a la mesa en la cual dejaría para siempre su corazón. Al salvar el peldaño superior, frío el sudor le corría por el cuerpo. Las mejillas temblábanle perceptiblemente. Los ojos, en cambio, permanecían secos.

En un santiamén fué despojada de sus vestiduras y tendida sobre la fatal piedra. El pueblo contempló un momento aquel cuerpo exhausto, moreno y húmedo, rígido por violento esfuerzo.

El Gran Sacrificador levantó el arma, que recogió un postrer reflejo del sol casi desaparecido, y al hundirlo en el seno vacío de la infeliz, un ronco grito, grito de horror y de suprema protesta, escapó de su garganta: aquel grito vibró con extraña modulación y se perdió en la altura La cabeza de Cararé cayó sobre sus manos crispadas. Matla había muerto; su corazón sangraba en el puño levantado del Sumo Sacerdote, quien lo ofrecía al sol mientras recitaba una fórmula cabalística incomprendida del vulgo. La víscera extraída palpitaba en las sacerdotales manos, pero poco a poco fué aquietándose conforme expelía su precioso contenido. Luego, estrujado sin piedad, cayó sobre el seno yerto de la sacrificada. En ese momento se ocultó el sol y la noche cubrió con un sudario de sombra aquel montón macabro.

La ceremonia del sacrificio había concluído. En el aire quedó vibrando, como una evocación dolorosa, el melancólico bum bum de los timbales...

Al día siguiente el cuerpo de Matla no apareció. Secretamente fué incinerado por orden expresa de Cararé, y sus cenizas en artístico vaso de barro, enterradas en su propio aposento. Con ellas se acogió al regazo de la tierra, el fatal amuleto de Yara.

EPILOGO

Siglos después, en pleno desarrollo de

se han yanquizado—no estaban aturdidos cuando el déspota inmundo tuvo que huir. Por esto no hicieron caso a la Embajada del señor Welles y asumieron todas las funciones de dirección de esta gran nación que es Cuba. Allí están en lucha formidable contra tantísimo interés herido. Y allí está el Departamento de Estado en espera del momento para lanzarse sobre ellos y exterminarlos. Quiere hombres que gobiernen sin mover la condición de factoría impuesta por la plutocracia imperialista. No contaba con perder su dominio y con él la oportunidad de legalizar las pillerías de las organizaciones bancarias e industriales que irrumpieron sobre Cuba y la asolaron. No contaba con que un pueblo maltratado durante ocho años sombríos tuviera vida y diera hombres de visión y de energía grande. Para ese Departamento de Estado que hoy manda a su vocero señor Hull a afirmar en la Conferencia de Montevideo que los Estados Unidos no intervendrán en las naciones panamericanizadas, sólo había en Cuba Menocales y Céspedes. Con estas tribus haría nuevo gobierno y la misma farándula escarnecedora seguiría sin tropiezos. Pero los cubanos no estaban aturdidos y se orientaron no por donde el Embajador Welles indicaba regocijado, sino por donde la salvación de Cuba marcaba un horizonte de libertad.

Contra ese horizonte pugna feroz el Departamento de Estado. Al terminar este año los que sienten anhelos de vigilancia y piensan en los problemas que a nuestros pueblos abaten, encuentran que el asunto de Cuba es el de importancia más delicada. El imperialismo yanqui está herido mortalmente con la presencia en el Gobierno cubano de hombres que no le son adictos. Y es imposible que Cuba deje de considerarse factoría, porque existe allí, de tapón del Golfo de México, precisamente para ser regida por los intereses imperialistas Si los cubanos haciendo alardes de independencia acaban con el predominio infame de la Eléctric Bond and Share C°., desquician la factoría. Si desconocen empréstitos dados a Machado para sus crímenes y latrocinios por el Chase National Bank, malogran la factoría. A esta insensatez opone el Departamento de Estado, que estimuló semejantes conquistas a la sombra del machadato, su negativa rotunda a reconocer el Gobierno de insubordinados. Mientras no pacten y en el pacto no haya cláusula que reconozca y admita sin restricciones el derecho de los Estados Unidos a hacer de Cuba lo que le plazca, no habrá reconocimiento.

Aquí encontramos el crucero fatal en el grande asunto de Cuba. Si el imperialismo impone su rapacidad y Cuba sucumbe volviendo a entregar el Gobierno a la tribu de Menocal y de Céspedes, su condición de factoría yanqui quedará perpetuada. No tendrán los cubanos ni tierras laborables, ni electricidad barata, ni transporte cómodo, ni educación, ni fomento, ni economía que les asegure vida de personas y no miseria de esclavos. Todo empeño obstinado del Departamento de Estado por acabar con el Gobierno actual de Cuba es negación del derecho que Cuba tiene de defenderse de la conquista brutal a que la tiene sometida la mala plutocracia yanqui al servicio del imperialismo. Es también negación del derecho que tienen todos estos pueblos, a quienes el Departamento de Estado quiere panamericanizar, de acabar con las organizaciones que irrumpen sobre ellos y con la complicidad, unas veces de los Machado, de los Juan Vicente Gómez otras y siempre de nuestros gobiernos medrosos y chatos, les arrancan sus tierras, sus aguas, sus medios de transporte, sus rutas aéreas. Cuba será el índice, porque si hay fuerza implacable para dejarla sin Gobierno que la redima de las infamias del imperialismo, esto ha de significar que el mismo racero se aplicará a cada uno de estos países el día que revoluciones venturosas den el Gobierno a hombres de visión.

Por esto decimos: grande asunto para la meditación de todos estos pueblos es Cuba. Si la vence el Departamento de Estado con su ejecutor señor Caffery, habrá vencido con ella a un continente invadido por organizaciones al servicio de un imperialismo desalmado. No creamos en lo que dice el diplomático en las Conferencias numeradas que ese imperialismo ordena. No creamos que es respetuosa la conducta del Departamento de Estado no desembarcando marinería en Cuba para arrebatarle el Gobierno y entregarlo a la tribu descastada. Es conducta farisaica, porque alienta al malvado y hace de él instrumento servil. El señor Caffery debe poseer mejores métodos que su antecesor cuando es enviado a Cuba. Los cubanos—no olviden los que nos leen que hablamos de los cubanos de honor—le darán trato severo si va a proponerles el pacto que acabe con su nacionalidad para afianzar la factoría. Esta es la hora grande de Cuba, la de su segunda independencia. Llena de alegría volver el pensamiento anhelante hacia la Isla antillana y encontrarla resguardada y vigilada por tanto espíritu fuerte y militante. A estos pueblos hay que pedirles apoyo para Cuba. Sin sentir sus luchas, sin oír la voz de sus hombres batalladores no podemos gritar al imperialismo: ¡Con Cuba estamos!

Juan del Camino

Costa Rica y diciembre de 1933.

(MATLA), FOLLETÍN DEL *Rep. Am.* (27)

la conquista española, dos soldados, únicos supervivientes de un piquete de exploración casi exterminado por los indígena días antes, ambulaban desfallecientes de cansancio y de hambre, por el valle de los güetares. En aquellas tierras el tiempo no había pasado en vano: de todo su esplendor de antaño, sólo quedaban ruinas: a los florecientes cultivos, sucedieron espesas arboledas, a las aldeas, el suelo raso, limpio de huellas. Algo subsistía, sin embargo, del antiguo paisaje: el río. A éste encamináronse los fatigados hombres y en sus aguas apagaron la llama de su sed. Tendidos sobre el alto césped que orillaba a la corriente, durmieron mucho tiempo. El calor del sol les despertó a la mañana siguiente. Llenas sus cantimploras con el precioso líquido, emprendieron de nuevo su ruta ¿Para dónde iban? ¿Lo sabían ellos acaso? Lo importante era caminar, buscar un sendero, hallar un refugio amigo. Una semana perdidos en la selva. La esperanza les sostenía a pesar de la incertidumbre del camino y del padecer de las jornadas. Siguiendo la margen del río fuéronse alejando a través del valle. Dos días más tarde llegaron a un amplio claro del bosque, en donde el río formaba espacioso remanso. Aquí resolvieron pernoctar. Tendidos de nuevo sobre el césped, no tardaron en quedar profundamente dormidos. Sin embargo, no lo estuvieron mucho tiempo: con el estómago vacío el sueño no podía ser duradero.

A poco trecho descubrieron las ruinas de un palenque incendiado Dispersos sobre el suelo fragmentos de tinajas, ollas, jarros, escudillas, instrumentos musicales, ídolos, metates, y mil otros objetos de barro y de piedra; todo despedazado, confundido en montones en medio de la mayor desolación. Lo que no devoraron las lenguas del incendio, lo molió el tiempo. Por la abundancia y calidad de aquellos restos, en ese lugar debió habitar una tribu rica y adelantada, y por la forma y disposición de las cosas se presentía que todo había caído después de una lucha feroz y desesperada. ¡Quién sabe qué misterio encerraban aquellas ruinosas señales!

Buscando aquí y allá por entre el mare mágnum de tiestos y objetos rotos, dieron, de pronto, con una pequeña oquedad, casi a flor de tierra, parcialmente circular, que contenía sólo cenizas. Examinadas a la luz apreciáronlas de rara fineza, como polvo de huesos y carne incinerada. Registrando entre el resto del contenido de la botija, que no era otra cosa que una vasija de barro enterrada, hallaron un objeto duro, ennegrecido y muy pesado para su tamaño. Lavado en el río, resultó ser una extraña figura de oro, maciza y bien pulimentada, que representaba un tigre diminuto. Pero sobre la palma de la mano de uno de los hombres, aquella joya ardía como una brasa y sus carnes sufrían como si tuviesen una ascua viva Entonces el aventurero, asombrado y colérico, arrojóla al fondo de la vasija, entre la ceniza. Al caer se hundió seguida de la insistente mirada de los dos.

Cuando se alejaron del lugar, la sed les quemaba las fauces, como el diminuto objeto de oro las palmas de las manos...

Don Jaime el comentador

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá 30 de julio de 1933. En el número -homenaje a Jaime Barrera Parra, con motivo de la publicación de su libro *Notas del Week-End*. =

JAIME BARRERA Y EL AIRE LIBRE

Cuando llegó a Bogotá don Jaime Barrera Parra, tuvimos la sensación de algo desconcertante que irrumpía dentro los plácidos círculos de la literatura bogotana. Tiene Jaime un cierto talante de montañero, largas piernas, largos brazos y unas manazas que aprendieron el gesto y la acción en agrestes breñales. Nosotros hemos sido gentes de interior, y tal vez no esté mal señalar la coincidencia de que cuando nos dicen: "los del interior", por decir que estamos colocados tan lejos del mar, nos están describiendo nuestros conterráneos como a hombres que no son de aire libre, que se meten al amor de las tabernas y de los hogares, y que le dan la espalda a la luz, al viento y al paisaje. Está bien que se nos tenga por tales enclaustrados, porque los bogotanos vivimos como esa pintura de los viejos maestros que no se había aventurado a descorrer las cortinas del esudio, y que apagaba las luces en penumbras de oscuro terciopelo.

Yo creo que la presencia de Jaime Barrera Parra ha sido el incidente venturoso que ha obligado a algunos a pensar en que la literatura colombiana es una literatura federal. Es claro que nosotros sabíamos de antes cómo la sensibilidad de Luis C López era una antítesis de la literatura bogotana; cómo los cuentos de Efe Gómez y de Pacho Rendón y de Tomás Carrasquilla formaban un sorprendente contraste con los de Santiago Pérez Triana, discretos y solazados; es evidente que nosotros veíamos en Colombia el panorama de los siete colores en donde cada región tiene su manera propia de expresarse. Pero lo que vino a precipitar este concepto federativo fué la presencia de un periodista como don Jaime Barrera, que vino a hacer el comentario de nuestra vida, minuto a minuto, en forma tan insólita, tan inesperada que nos puso sobre la pista de encontrarle a la literatura ciertas nuevas dimensiones que eran extrañas a nuestras prudentes retóricas.

Yo tengo a nuestras literaturas regionales por literaturas de aire libre. Aire libre es una expresión de dos palabras que mutuamente se llenan de contenido hasta el extremo de que no es posible saber cuál de ellas es la lámpara y cuál la lumbre que le da su claridad. Lo cierto es que cuando los del interior nos asomamos a unos versos de López o de Castañeda Aragón, o a un comentario de Barrera Parra, hallamos algo libre y algo aireado que sale de esas obras con deslumbrante inconveniencia que nos trasporta a los meridianos de la dorada claridad, de la ola ágil y diáfana, de los cielos altísimos sin mancha, en donde nuestros pensamientos se consumirían quemados por los rayos del sol. No menos sorprendido quedaría, si resucitase, don Diego de Silva y Velázquez, colocado frente a un lienzo de Joaquín Sorolla, el valenciano.



Jaime Barrera Parra

Dibujo de *Vargas Codazzi*

He venido emparejando a Jaime Barrera con dos poetas costeños, sin que Jaime esté ahora de poeta, ni venga de la costa, sino de la montaña. ¿Qué importa esto? Antes de ser recibido periodista, Jaime fué andariego y los mares le educaron lo mismo desde la infantil ciudad de Curacao, que desde las riberas del Mediterráneo, a donde le llevó el destino con vientos paradógicos, pues, los alisios que acaso parecían empujar sus velas, no eran sino gozosas brisas de la rosa del arte. Tal vez las novias de Bucaramanga sí pensaron que el muchacho de los sonetos, que por entonces fué Jaime Barrera, llevase por dentro ambiciones distintas de las ambiciones del buen mercader; pero semejante pronóstico quizás no fué de todo el burgo, que ya colgaba de los futuros almacenes una tabla que pudo estar concebida en estos o parecidos términos: "Jaime Barrera Parra & Cía. Mayoristas" Pero el mar es traidor a veces, y siempre es un maestro perfecto de poetas. Y el romántico ignorado que escribía postales en los álbumes de las bucaramanguesas, pasó a ser don Jaime el Comentador de la prensa bogotana.

Porque don Jaime quedó así graduado mareante, no vino, claro está, desde un principio, a trabajar en la prensa de Bogotá. Era en una prensa costeña, bajo las brisas de Barranquilla que levantan arenas doradas, en donde pondría sus primeros carteles el periodista que las prensas le robaron a las montañas y al mar.

Porque la vida actual de don Jaime Barrera hay que mirarla como la consecuencia del itinerario que ha recorrido su espíritu. En ella no hay un invento, no hay una falsía. La personalidad que se nutrió de las brisas que corrieron por entre árboles, o por encima de las olas, no se ha doblado bajo el imperio de las letras prudentes que componen el alfabeto de nuestra ciudad. El escritor ha venido para imponer sus puntos de vista no para buscar acomodos. La vida al aire libre es como un escultor nacido para modelar la altivez. Cuando don Jaime escribe, no espera a que la costumbre le vaya arrimando adjetivos, no averigua cuales son las palabras que por aquí se usan y se acatan, sino que va imponiendo las suyas como quien no tiene por costumbre buscar a otros para que vengan a expresarle lo que él quiere decir.

LA RUDEZA, EL ROMANTICISMO Y LA INGENUIDAD

No puede negarse que Jaime Barrera Parra representa el tipo del hombre feo. Alguna persona me decía que tenía todo el aire de un caimán parado. En Antioquia se dice de las personas que se mueven al estilo de Jaime que son chontales. Pero si se habla con Jaime Barrera Parra pronto se sabe que hay en él unos ojillos de chocolate, limpios y sinceros, que ríen deliciosamente, con una risa que va sacando gracia de las cosas, lo mismo que esos cepillos de carpintería que si se ponen a correr sobre una tabla fina sacan cintas rubias, espuma liviana que es la flor y la risa de los talleres. Casi puede decirse que estos ojos son un hallazgo dentro de un periódico moderno, y al propio tiempo por ellos puede verse adentro del alma del escritor para aclarar las paradojas de su obra.

Cuando Jaime aborda un tema, trata a la literatura sin rodeos, con una franqueza que es la que nosotros no solemos tener. El pone conceptos, imágenes vivas, viñetas, caricaturas, en donde nosotros apenas vamos enfilando adjetivos. A cada instante ocurre en el lector una emoción y un sobresalto, pues le parece que el artista no es sino un artesano que va a descomponer la armonía del párrafo, que va a materializar la sustancia divina de las ideas. Este es el interés dramático que trae consigo cada glosa de Jaime Barrera. Interés que se revuelve en un acierto plástico, en una intuición tan feliz que produce risa. Porque el buen lector ríe de gusto cuando ve que su autor transita por los senderos del hallazgo.

Pero debajo de esa rudeza, que, digo yo, le sirve a él como una puerta para

(Pasa a la página siguiente)

La visita del poeta Barba-Jacob

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá. =

Otra vez Bogotá, tan sensible al acento de los grandes poetas, ha de escuchar a Porfirio Barba Jacob, el cantor de "la vida profunda". Llega a nuestras cátedras de lírica, cuando aún resuenan cánticos plurales que loan las virtudes cristalinas de la sobriedad y de la templanza. Mejor así, porque sobre las azucenas de los evangelistas, su sed de fauno podrá mostrarse más vivamente.

Barba Jacob es uno de los hombres que más han viajado desde el renacuajo hasta la estrella. Una voracidad que no se atempera con los años y que cada día gana en temblor y en agudeza tiende los labios súbitos dentro de su verso. Acaparador de sensaciones, y lo mismo aeronauta que peatón, de las rutas que convergen en las ciudades malditas, Barba Jacob, como el Ashaverus de Guillaume Apollinaire, ha mezclado en el vino de las posadas, el jugo de la uva y la leche de la pantera.

Otros han venido hasta nosotros, con la pupila clara, tendida como un mantel para las excelencias geórgicas. Bajo su fácil caramillo la vida recobra esa diafanidad elástica que conocieron los primeros pastores. La bondad ilumina sus semblantes, tersos como la piel de los melocotones. Imposible resistir a su predicación. Hay que clarificar las ideas y la vida, retornar, en un largo y seguro retorno, hacia los tiempos niños, cuando la tierra se tendía como un tapiz de frutos y de flores para aliviar la fatiga del hombre.

Bajo la palabra de esos felices empresarios de la alegría humana, nosotros encendimos el farolillo de la buena fiesta. Aún no se apagaban las músicas, cuando un hombre, que venía de muy lejos, con los bolsillos llenos de libros y de piedras, instalaba frente a nosotros una tristeza amarga, que le goteaba de los ojos como de una gruta asombrosa.

La tristeza de Barba Jacob es el producto de un rico botín pillado por las rutas del mundo. Otros viajan para arrullarse con la naturaleza, y dejan que ésta, armada de dulces tafetanes, les vende los ojos. Nuestro poeta no ha querido entregar su cabeza a la caricia natural de las cosas. Sacudiendo su temperamento sobre su arte como un arbolillo virulento, dentro de sus poemas, bellos y envenenados, se sofoca toda una vida.

Todo lo que el arte malsano y exquisito puede dar en pureza lo ha dado Porfirio Barba Jacob. Su experimento es el de convertir el fango en diamantes. Mientras los artesanos del verso fabrican collares de piedras para encantar la sensibilidad primaria de las muchedumbres, Barba Jacob, erizado de dolor y de música, instala dentro su propio espíritu un alambique de púas que condensa en líquido ambarino la tragedia íntima.

Es la vieja tragedia que desde el rey Salomón hasta nuestros días desquicia al animal humano. Es la tiranía de la inteligencia sobre los dóciles recursos de la creación. Delante de un mundo que estalla en color y en aroma el artista con los ojos invertidos y enfocados sobre sí mismo, se convierte en una llaga musical.



Barba-Jacob
Visto por *López Méndez*

Hay que oírlo. No sabe contar cuentos como los marineros No podrá describir las ciudades de oro ni los puertos zarrapastrosos, ni las tempestades que azotaron la lona de su barca, rumbo a Veracruz, rumbo a Santiago de los Caballeros, rumbo a la Martinica. Sus itinerarios no podrán ser ilustrados por los dibujantes de acuarelas ni sus viajes ofrecen utilidad alguna al "National Geographic Magazine".

Hay que oírlo. En su voz se estrangula el sobresalto de una juventud que se va, después de haber dado todo lo que ella puede dar en frenesí y en epilepsia. Es la hora en que se maduran las carnes y los astros y el remordimiento de las horas perdidas, trajina azogado dentro del alma, como un perro.

No escucharemos dentro de los poemas de Barba Jacob el aullido que ante los problemas metafísicos hacía de Rubén Darío un pobre harapo humano. Su sed de placer está en plena vigencia y antes de llegar a los umbrales del misterio aun hay tiempo de saborear vinos y bocas. Y es cabalmente ahora, cuando el viento otoñal, como una mano abierta, despeina la cabeza sonora del panida, cuando debemos esperar de él lo mejor de su arte.

Nunca ha sido cantor un "hausse leton", uno de aquellos calaveras abigarrados que durante la última peste romántica pretendieron darle a sus conflictos sentimentales trascendencia cósmica, arrojando sobre el idioma su propia baraunda.

Hay que oír otra vez a Barba Jacob. A través de sus versos, como a través de una llovizna, podremos adivinar el paisaje que la sostiene. El mayor encanto de sus poemas reside en que, bajo la castidad insospechable de la frase, palpita el desenfreno de los sentidos con urgencias que no alcanza a acalorar el verso noble.

Veremos emerger su silueta morena, que alumbra los ojos de cabro. Un temblor somero hará fruncir los labios ambiguos de donde se escapa la canción.

Jaime Barrera Parra

Lector amigo: Hágase de los poemas de Barba-Jacob recogidos en el tomo *Rosas Negras*. Guatemala, 1933.—Con el Adr. del *Rep. Am.* lo consigue a ₡ 3.25 el ejemplar. Para el exterior: $ 1.00 oro am.

Don Jaime el comentador...

(*Viene de la página anterior*)

darle entrada a la gracia, hay en Jaime Barrera Parra un romántico impenitente. El ha llegado a la literatura por amor, no por artificio. En él ha sido primero el paisaje y después el pintor. Su misma actividad literaria no ha venido a ser grande sino ya bien pasado el puente de los treinta años, que es el que divide la vida en dos mitades. Este romanticismo no siempre lo ve el lector, porque es tan notable la forma que impone a su prosa que el vanguardista se siente a su lado como un buen camarada. Por eso, ese mismo vanguardista a veces sorprende, como algo absurdo, paradógico, el ingenuismo que le sirve de fondo a los malabares del comentario periodístico.

A mí suele darme la impresión Jaime Barrera de un niño que juega con palabras tan concretas como los cubos de un rompecabezas. Con palabras y con imágenes concretas. Yo le he visto tener la carcajada en los ojos mientras sus manos grandotas caen sobre el teclado de la máquina de escribir Luego, sale la glosa, y detrás de la glosa cantando en voz que no se oye, que apenas se adivina, viene la canción de los años diáfanos.

Abro al azar, y esta vez lo digo veras, el libro, también hecho al azar, y esto cualquiera lo ve, en donde unos amigos de Jaime Barerra Parra han coleccionado algunas notas del Week-End, y saco dos frases por donde el lector que no tenga en la memoria cien ejemplos mejores de lo que yo anoto, verá si acierto en lo que digo. Dice de Sandino: "Sobre la cara ruda, como sobre un tambor de cuero, repica la gracia de campo". Dice en otra parte de un poeta modernista que propuso a la asamblea de sus congéneres el asesinato de la luna como el remedio mejor para acabar con el retorno del romanticismo: "Insensible al agravio de este moderno Fouquier Tinville, la luna arrojó un bodoque de luz sobre las narices y le dió un jocoso aspecto de payaso".

Germán Arciniegas

Notas al margen

= Colaboración =

A mis compañeros, los bachilleres de hace diez años.

LAS CONFERENCIAS "EMULSIONADAS"

Uno de los recursos de exposición crítica más usados por don Eugenio d'Ors, es el de asociar la idea que se propone exponer, a un concepto material y realista, con el fin de despertar en el ánimo del lector, la noción de lo positivo, de lo palpable, como requisito previo, para poder aventurarlo luego dentro de los dominios más vagos y menos tangibles de la especulación intelectual. Sigue en esto, la vieja tradición castellana, la de nuestros autores del siglo de oro y del refranero español, de objetivizar los dominios abstractos del espíritu, por medio de una evocación directa de las menudencias más rudimentarias del convivir cotidiano.

Su libro "Las ideas y las formas", no es otra cosa que un variado repertorio de este procedimiento explicativo. En el capítulo "Estructuras barrocas", se expone el principio que el autor llama de "la emulsión". Es ésta, según reza el diccionario, "un elemento fluído que contiene en suspensión substancias iguales fluídas insolubles en él". Con ayuda de este concepto, explica d'Ors, la técnica que usa Rembrant en su claroobscuro, como una oposición emulsiva de sombra y de luz, y la porfiadora individualidad que ha podido guardar, a través de los siglos, la raza judía, conservando sus tradiciones, sus costumbres y ritos, y hasta sus características físicas raciales. Los judíos están en estado "emulsivo" dentro de las civilizaciones de occidente y de Europa.

Por asociación directa de ideas, hemos llegado nosotros a pensar, que el fracaso de una institución política como la "Sociedad de Naciones", se debe justamente a ese su carácter de institución "emulsionada", en donde las diferentes nacionalidades, guardan celosamente su propia individualidad. Si llegara ésta a ser algún día, un "líquido saturado", donde los intereses fueran comunes, con una sola afinidad orientadora, es posible que su labor llegara a ser eficaz y provechosa.

Bajo la influencia del mismo espíritu de emulsión, concurren hoy las naciones americanas a las Conferencias de Montevideo. Resueltas a defender sus intereses particulares, sus responsabilidades y sus ideas. Emulsión de tantos cuerpos distintos, como representantes concurren a ellas; llenos de huraños rencores y resentimientos, listos a sacar el mayor beneficio posible y a renunciar los menos derechos que les sea dado abdicar. En una palabra, se va allí en el mismo estado de ánimo con que van los herederos, poco allegados al difunto, a una asamblea de ejecución testamentaria.

Para acercar pueblos, para unificar afinidades de raza e intereses económicos comunes, hemos siempre creído nosotros que las Conferencias oficiales son del todo inefectivas. Emulsiones que nunca se saturan, por más que se las agite.

EL CASTICISMO DE BAROJA

Pío Baroja ha iniciado una nueva serie de novelas; llevarán por título genérico: "La selva oscura". Serán novelas de un fondo histórico de vida contemporánea española. A Baroja, que se preocupa siempre de aparecer ante los ojos del lector como un espíritu cosmopolita de pensamiento y de cultura, le interesa sobre todo su patria y hacia ella van todas sus inquietudes y todas sus **afinidades literarias.** Hemos dicho afinidades literarias, y creemos haber dicho bien. A pesar de su "pose" cosmopolita y de pretender ser un "archi-europeo", como el mismo lo confiesa en su "Juventud egolatría", para nosotros, es Baroja el más castizo de los escritores españoles del presente. Y esto, si entendemos por casticismo, afinidad literaria con un pasado de arte español. Baroja no lo es por sus andaluzadas y sus madrileñismos, es castizo por la estructura ideológica de su pensamiento y la realización de su técnica. Si se quiere buscar la gestación histórica de la obra barojiana en nuestra literatura, hay que remontarse a nuestro Siglo de Oro y a nuestra Edad Media. Hay en sus producciones un fondo racial—en medio de una amplia investidura europeizada—que es sangre y espíritu de la vieja Castilla.

Baroja siente un profundo desprecio por nuestro pasado literario. Son muchas las cosas de España que desdeña el novelista vasco; su literatura es solamente una de tantas. Baroja conoce mal la literatura castellana, al menos su período clásico. Los autores modernos le son un poco más familiares por haber compartido con ellos las luchas del oficio. Por Cervantes, por Lope, por Tirso, por Calderón, por Galdós, no siente gran entusiasmo. Hasta la novela picaresca, que encierra tantos aspectos similares con la producción barojiana, nunca ha merecido sus comentarios, al menos sus comentarios escritos En cambio, con cuanto entusiasmo habla don Pío de los novelistas rusos, de Dickens, de Poe, de Stendhal. A veces llega hasta a confesar sus deudas literarias para con ellos. Inaudita profesión de fe en un escritor como Baroja, cuyo credo literario es una acérrima e intransigente independencia estética. ¿Denuncia acaso esta íntima devoción de culto artístico, otra afinidad más honda de influencia literaria activa? En otras palabras, ¿abandona Baroja las fuentes y las modalidades de inspiración patria, que le son propias por tradición, por otras que le son ajenas racialmente y que le vienen de allende los Pirineos? Nosotros no lo creemos así. El "estranjerismo barojiano", es sobre todo un aspecto exterior de su obra, un reflejo de las afinidades cosmopolitas que imperan en el concepto moderno del arte. Es únicamente su esencia más íntima lo que revela su arraigamiento castellano.

Hay en Baroja una gran reserva de pensamiento y de arte moderno que no conoce fronteras. El poder de asimilación del autor de "La Busca" es sorprendente. Autores y libros se amontonan en su cerebro con prodigiosa fecundidad. La dosis ideológica que encierran sus novelas, no es otra cosa que una constante especulación dentro de ese gran repertorio de vida y de pensamiento de actualidad que ha llegado a adquirir don Pío a través de sus lecturas y de sus andanzas de viajero infatigable. Baroja ama la actualidad; no le interesa ni lo clásico ni lo antiguo. Para él, la historia padece de una "palidez" mortal.

Pero no es únicamente la ideología y las afinidades selectivas lo que determina la filiación racial de un escritor o de un artista. Carmen, la ópera de Bizet, fué hecha con recursos españoles, y sin embargo, Carmen es una obra netamente francesa por su estructura y por su realización. Así, Baroja, entusiasta de lo europeo, es un castizo a toda prueba; y digámoslo desde ahora, un castizo "malgré lui". Por más que reniegue de lo nacional, por más que sature sus libros del pensar de Nietzsche y de Darwin, por más que proclame la supremacía literaria de los rusos, de Dickens, de Balzac y de Stendhal, sus obras nunca traicionarán su inconfundible filiación española. Esta afinidad racial es una investidura espiritual de la cual muy pocos artistas han logrado desprenderse. Ni siquiera Velázquez, que tratando de dar un tono italianizado a sus pinturas—y a pensar de la gran versatilidad de su genio—veía con sorpresa, y talvez hasta con pesar, que la recia austeridad ibérica inundaba sus lienzos con atisbos inesperados traicionando sus propias intenciones. Velázquez, otro gran castizo "malgré lui".

Hoy, Baroja, en su nueva serie de novelas, afirma una vez más, sus acostumbradas inclinaciones estéticas, de ideología, de método y de transcripción literaria. El mismo dinamismo vital de los personajes, que se delinean accionando con asombrosa versatilidad, tal cual los héroes de las producciones picarescas. La misma objetividad realista, impasible, despiadada, tal cual aparece en las novelas de picardía. Pícaros del siglo xvii que se han bañado de la nueva complejidad ideológica y ética que nos ha traído el transcurso de los años a través de dolorosas experiencias. Todas sus obras revelan los mismos defectos y las mismas virtudes que han hecho del genio español, un genio nacional, lleno de domésticas peculiaridades. Nada hay en los personajes barojianos de la recia contextura psicológica de un Julián Sorel o de un Dimitri Karamasov. De buscarles ascendencia literaria directa, habría que pensar más bien en los Lazarillos, en los Guzmanes, en los Pablos de

Segovia. Los rapaces de las tres novelas que forman "La lucha por la vida", son pícaros, genuinos pícaros de las ciudades castellanas, puestos en un ambiente más amplio, disecados por una mente más compleja y más moderna.

MAX JIMENEZ, ESCRITOR POLITICO

Ha llegado a nuestras manos el diario de la mañana. Sabemos que ha de venir en él un artículo de Max Jiménez. Lo buscamos con ansiosa curiosidad. Lo encontramos en la primera, en la segunda o en la tercera página, eso no tiene importancia alguna. Es corto; de sugestiva y sutil brevedad. En él encontramos, una vez más, su criterio de siempre, independiente, sano, nervioso, viril. Sus opiniones son como hilillos de agua fresca y clara que se deslizan apaciblemente —y con penetrante vigor al mismo tiempo—por entre la corriente turbia y removida de nuestra opinión pública. Las leemos con el mismo íntimo regocijo (aunque en un plano ideológico completamente diferente) que nos impulsa a abrir la Sagrada Biblia, justamente en aquellas doradas páginas que contienen su delicioso Cantar de los Cantares. No pretendemos con esto—Dios nos librara—comparar el resto del libro divino, con lo que queda de nuestra opinión pública, sólo aspiramos con ello, a dar una idea del sabor "refrescante" que tiene para nosotros el pensar nuevo e independiente del poeta costarricense.

La nota preponderante en Max Jiménez, es su originalidad de criterio, el inesperado punto de perspectiva que adopta en frente de los problemas que estudia. Su pensamiento trafica siempre por un sendero, que, la mayoría de las veces, nos es desconocido; su huerto espiritual — que tiene algo de jardín de Francia y de solar español al mismo tiempo—es un huerto de sorpresas, y los árboles que le dan sombra y apacible reposo, fueron plantados por sus propias manos, sin que el aire de fuera, llegara nunca a estremecer sus serenos ramajes.

Entre Max Jiménez, el poeta, y Max Jiménez, el curioso observador de nuestra vida política, hay muchas semejanzas Vemos en ellos, los mismos métodos de transcripción, las mismas afinidades selectivas Un impresionismo brillante y malicioso, de comentario directo del momento, de la emoción intelectual que pasa, fugaz, nerviosa y precipitada. Sus opiniones políticas han de ser, pues, fragmentarias e insuficientes, las más de las veces; germinadas a manera de intuición directa, poco descriminativa y reflexionada, pero de una espontaneidad saludable y vigorosa. Sus ideas dan la impresión de explosiones vitales de su mente en que se desahoga su recia naturaleza de hombre sin prejuicios, en contra de lo que él estima falso e injusto.

Nada hay en sus escritos de sólidamente constructivo; nada de esos extensos sistemas de pensamiento tan afines a las mentalidades sajonas. De su ideología, difícilmente se podría sacar un programa o una orientación bien definidos. Conservador a ratos, nos da luego pruebas de un inesperado liberalismo. Y es que su mente, es sobre todo realista, de un realismo castellano de buena cepa, que se pliega, ágil y humanamente, a todas las versatilidades de la vida. De allí le viene, quizá, ese pesimismo suyo, un tanto conformista y desconfiado.

Es incapaz de atacar o de darnos un panorama total de un problema de vida nacional. Las ideas no le interesan en sus aplicaciones menudas y prácticas. De un artículo de Max Jiménez, se deduce, ante todo, una nueva visión "emotiva" del asunto; lo curioso en él es que su criterio sugiere un nuevo punto de arranque, desplegando así, ante la mente del lector, todo un vasto y fresco horizonte de diferentes posibilidades.

A nosotros nos ha sucedido esto: que teniendo ideas bien definidas sobre un asunto, bien manoseadas y computadas, unas cuantas líneas de Max Jiménez nos han hecho cambiar de parecer. Y he aquí lo paradógico de la situación: que al recomenzar la empresa, no hemos tomado para nada en cuenta lo antes dicho por él.

Enrique Macaya Lahmann

San José, Costa Rica. Noviembre de 1933.

El arte del dictador

= De *Caras y Caretas*. Buenos Aires. =

Universal es la creencia de que el dictador constituye la encarnación de un poder ilegal, adquirido por la violencia, por un golpe audaz, y no conferido por ninguna forma orgánica de la voluntad pública.

En los tiempos modernos, no son pocas, efectivamente, las dictaduras de origen violento, por medio de pronunciamientos y cuarteladas. En la América de habla española hay sobre esto una larga experiencia. Y tampoco falta en la misma Europa, aunque en el viejo mundo este género de movimientos políticos no haya sido tan frecuente durante el último siglo como en los países de ultramar. La causa determinanate de esta menor frecuencia no se debe, como creen ciertos espíritus superficiales, a que la civilización de los pueblos europeos sea superior, sino al régimen democrático americano, que si bien es más progresivo, lógico y humano que el monárquico, préstase más a los golpes de estado y al surgimiento de las dictaduras.

El primer dictador que hubo en el mundo, Tito Largio, fué completamente legal, nombrado por el senado romano. Diez años hacía que se había instaurado la república Los partidarios del destronado Tarquino se esforzaban por reponerle en el trono. Para conseguirlo trataron de organizar un fuerte ejército, pero los plebeyos se negaron a entrar en filas si antes los patricios no renunciaban al cobro de los créditos que sobre ellos tenían. Para pelear por Tarquino había que empezar por perdonar las deudas. Aquellos remotísimos soldados romanos sólo aceptaron guerrear limpios de toda trampa. ¡Si serían dignos! Los aristócratas anhelaban la vuelta de Tarquino, pero no querían aflojar la plata, condonar las deudas a los que habían de luchar. Con tal motivo se armó un gran bochinche entre plebe y aristocracia. Y para conjurar el conflicto y sofocar las pasiones acordó el senado nombrar magistrado especial a Tito Largio, con poderes absolutos, quedando suspensas todas las demás magistraturas. El amigo Largio quedó, en suma, convertido en un verdadero dictador, con las mismas facultades omnímodas de los reyes antiguos. Podía imponer, sin intervención de otra autoridad, por su exclusiva decisión, todo género de castigos: destierros, confiscaciones, azotes y penas de muerte. El nombramiento de dictador, se hacía por seis meses; tenía, pues, carácter transitorio; pero los partidarios y los intereses creados en torno de la dictadura

procuraban, como ahora, prolongarla. En materia política, los instintos, en su afán de mando, han cambiado poco en el curso de los siglos. Como ahora también, los dictadores se atribuían la misión providencial de salvar al pueblo y a la república. Y de ahí el título que les dan los historiadores latinos: "magister populi". El cual tenía a su servicio el "magister equitum", o sea un jefe de caballería encargado de ejecutar los castigos ordenados por el dictador. Aquellas antiguas dictaduras, tan completas en cuanto al aplastamiento y eliminación de los opositores, eran, sin embargo, limitadas en materia económica, no pudiendo disponer a su talante del tesoro público. Las dictaduras modernas son más perfectas, más integrales, aunque sean menos íntegras, no viéndose cohibidas por esta limitación que cortaría las alas a cualquier dictador. Pues es bien sabido que lo primero para afirmar todo poder dictatorial consiste en hacer adictos por medio de un reparto previsor de puestos públicos y otro género de beneficios que formen un fuerte tejido de intereses para sostener el régimen. Según Tácito, el mejor instrumento para que pueda mantenerse cualquier género de gobierno es tener amigos agradecidos.

Los primeros dictadores en los lejanos tiempos de la república romana, salieron de la clase patricia. Más tarde tuvieron también derecho los plebeyos a ser elegidos. El primero salido de este sector social fué Marcio Rutilo. Ejercieron la dictadura durante el régimen republicano, además de los dos nombrados, Cincinato, ejemplo de austeridad, Camilo, Papirio, Servilio Gemino y otros cuyos nombres han huído de mi flaca memoria. La brevedad del cargo, seis meses, como va dicho, se prolongó en Sila y César, que lograron hacerse nombrar dictadores vitalicios, forma de transición para llegar al régimen imperial. Parecido procedimiento siguió Napoleón III al convertirse de presidente de la república en emperador.

Un hombre que asume todos los poderes necesita poseer gran arte para hacerse tolerable. No pocas veces, el dictador surge en medio de la más entusiasta popularidad, cuando las desaforadas competencias de los partidos crean una atmósfera de permanente desorden, haciendo imposible todo gobierno estable que permita el desenvolvimiento pacífico de todas las actividades de un país. Estas violencias de los partidos se curan —transitoriamente, claro está,—con otra violencia mayor, que es la dictadura. La sociedad, a trueque de la paz, admite de buen grado la restricción de sus libertades El dictador funda su poder sobre el cansancio de una agitación constante. Viene a pacificar, a poner sosiego en las pasiones, a meter en quicio la administración, a regularizar, en fin, toda la vida pública. Todos los anhelos de mando quedan sometidos al suyo absoluto. Y las buenas gentes celebran el advenimiento del dictador, freno de los tumultos y bochinches, aplaudiéndole por restablecer con mano dura la disciplina social. ¡Ahora se puede vivir, se puede respirar!...

Pero lo difícil es hacer duradera esta popularidad. Las oposiciones empiezan a encresparse. Se invoca la libertad, palabra mágica, que tanto enciende los espíritus y apasiona los ánimos; se grita en pro de la democracia, que sugiere a todo el mundo la ilusión de poder, sin mayores méritos, llegar a ocupar los puestos más altos. Poco a poco la gente cree que respira peor. La dictadura es ahogadora, porque ante la oposición creciente, aprieta las clavijas del poder. Y nace un nuevo desorden, semejante al anterior. Los partidarios del dictador—que ya ocupan los puestos mejores—le inducen, "por la salvación de la patria", a sofocar violentamente todas las rebeldías. El dictador, al asaltar el poder, anunció que su mando duraría poco, el tiempo necesario para restablecer el orden. En seguida convocaría a elecciones, para volver a la normalidad. Pero, ante el nuevo desorden que se ha producido —precisamente porque el poder dictatorial no ha cumplido su promesa de retirarse a tiempo,—la dictadura se ve en el caso "contra su voluntad" de prolongar su permanencia hasta que el orden quede restablecido. Pero como no se restablece, sino que, por el contrario, crece el desorden, el dictador no puede retirarse en medio del conflicto provocado justamente porque no se va. El dilema se rompe por dos procedimientos: la revolución, o una nueva dictadura, encabezada por otro audaz. Y vuelta a empezar el mismo juego. Rousseau, a pesar de su democratismo y de sostener que sólo en el pueblo radica la fuente legítima de todo poder, admite, en "El contrato social", la dictadura "cuando la República está en peligro". Ahora bien: para los aspirantes a dictadores este peligro existe siempre, y su providencial misión salvadora está reclamada constantemente, "como lo demostrará algún día la historia". Todo dictador usa palabras solemnes y conceptos campanudos, aunque luego la historia demuestre que no fué más que un osado, un autoritario circunstancial, o un tiranuelo vulgar.

Ya habrá advertido el lector que estamos hablando de dictaduras ramplonas, surgidas de convulsiones y desórdenes superficiales, del ajetreo, en fin, de los partidos, y no de la honda conmoción catastrófica de un pueblo. Dejemos de lado un tema que no cabe en los límites de una crónica ligera.

El arte de la dictadura, como de todo poder excesivo, es bastante difícil y requiere no poco ingenio y un gran espíritu observador, penetrante y sagaz. Dos son, entre otros muchos, los recursos principales: uno de carácter interno. consistente en que la vida sea fácil, "en la abundancia de los mantenimientos", como aconsejaba Don Quijote a Sancho al partir éste para Barataria; en promover la actividad negociante, de modo que todo el mundo gane dinero con poco esfuerzo. Las dictaduras coincidentes con crisis económicas duran poco. Sin plata, hasta el gobierno compuesto de santos resulta molesto. El otro recurso, el externo, estriba en sugerir al pueblo una ilusión de dominio, de preponderancia internacional, de brillo en el concierto de las naciones. Cualquiera de estas dos embriagueces populares—la primera, sobre todo, por ser inmediata y positiva—hace olvidar la merma de libertades que toda dictadura significa.

Pero sólo los dictadores dotados de genio logran suministrar al pueblo una de estas dos embriagueces: abundancia interna, o gloria externa...

Francisco Grandmontagne

San Sebastián, Octubre de 1933.

Sinfonía del Trópico

= Colaboración =

Claror,
precursor,
agrisa la sombra nocturna,
redobla el torrente su opaco tambor;
y la brisa fresca de la madrugada
apaga luceros, susurra en las frondas,
y entreabre los ojos dormidos
en ranchos, cubiles y nidos.

Los cielos la palma real abanica y barre las sombras
y vuelve los cielos de gris y amaranto;
deslíen su aroma en el aire
albérchigos, nísperos, plátanos;
emiten las ranas sus toscos alegros, el grillo estridula
su solo monótono y agrio;
cerriles de amor y de guerra
clarinean heroicos los gallos,
y las vacas mujen y en honor del día
en su campanile repican los pájaros.

Impone sus fueros el hambre y sus bríos;
de patos silvestre bandada
en pos de lagunas y ríos
hiende el aire de seda rasgada;
otra nube el espacio estremece,
sobre los maizales la nube de verdes pericos;
y a los cunaguaros feroces y hambrientos se ofrece
la banda ruidosa de micos.

¡Qué lejos la orquídea fresca y rosicler, de la amanecida!
Los tenues rubores del alba,
los tonos de rosa y de malva!
El sol ya recubre los campos de luz y de vida
Ha henchido la ordeña camazas de nieve,
el queso criollo salió de los cinchos,
y trotan las recuas al sol de las nueve,
y suenan rijosos relinchos.

El sol va en ascenso. Labriegos de músculos recios
aguijan las yuntas o blanden las hoces o escardan los prados;
se emperlan las frentes,
axilas y manos,
y con canturreos
engañan los pobres peones el tiempo y cansancio.

Cencerro sonante denuncia
ovejas y cabras en prietos rebaños;
y los cazadores regresan del monte
entre los ladridos y los trompetazos,
con los morralillos llenos de conejos
y las parihuelas llenas de venados.

En el río desnudos sumerjen
su cuerpo los niños de quince a veinte años,
chillando, parleras cotorras,
felices tristones, nadando;
y las chicas ocultas atisban
entre cañas, los pies en el barro,
la emoción desbordada en el pecho
y en los negros ojos un negro relámpago.

Al sol de las doce
resoplan y sudan los fuertes caballos;
y al peso del fruto
por las carreteras, cubiertas de polvo, traquean los carros.

Ya cesa el peón su faena
bajo férvido sol meridiano;
el humo casero lo imanta y lo guía,
olor de sancocho le adula el olfato;
y al bravo labriego saludan
en la puerta abierta del rancho,
gruñidos del cerdo,
rebuznos del asno,
cacareos, balidos, trinos,
el latir del perro y el maullar del gato,
el regaño fiel de la esposa
y el lloriqueo del muchacho.

Ya el sol achicharra campiñas,
ya ciega la luz;
el molino, sin aire, es un Cristo
innoble, silente, los brazos en cruz.
Las bestias se acojen, rendidas,
a sombra de nido y cubil;
las piedras fulguran, las hojas ardidas,
maldicen del cielo de fuego y de añil.
En el hondo sopor de la siesta
celebra el silencio su fiesta,
se rinde natura al calor,
tan sólo, judío errante, el torrente,
en la hora dormida y candente
camina y redobla su opaco, su eterno tambor.

En el fúlgido cielo zafíreo
un punto de tinta negrea al ocaso;
el punto se infla, conviértese en nube,
la nube creciente asombra el espacio;
al ras de la tierra
zigzaguean pájaros;
los brutos parece que dejan de serlo,
la tigra los zorros, se acogen al antro,
y se echan al río
los saurios.
¡Chis, chás...! Y la lluvia repica las frondas,
un trueno retumba, rubrica el relámpago;
cien mil cataratas del cielo despéñanse
y asordan e inundan los ámbitos.

Los truenos no paran su atroz cañoneo,
fulmina los troncos el rayo,
los ríos se enturbian, se acrecen y mujen;
el viento desgaja arbolados,
ulula furente, castiga a la lluvia,
le mesa los grises cabellos mojados,
la horizontaliza,
y a lo lejos se la lleva de aletazo en aletazo.
Arroyos a miles
discurren por todos los campos;
son agua los cielos, agua los caminos,
el agua ruidosa, cadente, sacude el espacio;
las mujeres musitan preces
y toros y vacas sepultan en tierra sus dos pararrayos.

Cesó la tormenta. La luz del crepúsculo,
sol pálido,
alumbra la nueva natura, natura de estreno,
mundo de Juvencio, mundo renovado;
muy límpido y suave el ambiente,
el cielo grisáceo,
los árboles reverdecidos,
y de un verde fresco los tallos.
Después del terrible crecendo de toda la orquesta,
los solos muy pianos.
De sus escondrijos brotan los insectos,
salen los lagartos,
el conejo a roer sus briznas,
a picar sus frutas el pájaro,
el venado a pastar su yerba,
y el jaguar a cazar venados.

La noche colgó su bandera de Estados Unidos,
rútila de estrellas,
sobre aldeas y campos dormidos.
Con su manto de terciopejo
negro, y cubierta de diamantes,
descendió, pausada, del cielo.
¡Cuántos élitros resonantes,
le presentan la bienvenida!
¡Cuántas luciérnagas en celo
con su lamparita encendida,
que se buscan entre las sombras
para la dulce acometida.
La saluda la jovencita
con ayes de duelo y placer,
en aquella primera cita
en que se convierte en mujer.
El mayido de Zapaquilda
desde los brazos de Don Juan;
y el suspiro del pecho humano
después de rendir culto a Pan.

Claror precursor,
agrisa la sombra nocturna,
redobla el torrente su opaco tambor;
y la brisa fresca de la madrugada
apaga luceros, susurra en las frondas,
y entreabre los ojos dormidos
en ranchos, cubiles y nidos.

R. Blanco Fombona

Barcelona, 17 de junio de 1932

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras).

Número se titula una preciosa revista literaria que en México, D. F., ha comenzado a sacar nuestro amigo y colaborador Guillermo Jiménez. Si llegara a larga vida —como lo deseamos—nos será grato saberlo con el tiempo. El buen ejemplo de Alfonso Reyes cunde.

El impresor y editor Arturo Zapata, de Manizales, acaba de sacar esta novela: ***Toá***. Narraciones de cauchería. Por César Uribe Piedrahita. De un tirón nos la hemos leído, así nos ha interesado.

Poemas en prosa se titula el último libro de Antonio Burich. Editorial Letras. Buenos Aires.

La benemérita editorial Espasa-Calpe acaba de editar:

Logaritmo, novela. Por Antonio Botin Polanco. Madrid. 1933.

La vida de María Luisa, la emperatriz inocente. Por M. E. Ravage. Traducida del inglés por Julio Huici Miranda. Madrid. 1933. En la valiosa serie: «Vidas extraordinarias».

Dos tomos nuevos de la «Nueva Biblioteca Filosófica»:

F. Bacon: ***Novum Organum***. Traducción de Francisco Gallac Palés. Madrid, 1933.

Lucio Anneo Séneca: ***Pensamientos***. Arreglo y traducción de Francisco Gallac Palés.

El Dr. Gregorio Marañón ha sacado por Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1933, esta obra: ***Raíz y decoro de España***.
Con el autor: Serrano 49. Madrid.

En las ediciones «Indice, Arte y Literatura II», ha salido este folleto: ***Paradoja sobre las clases sociales en la literatura***, por Raúl Silva Castro, y ***Acerca de la literatura chilena***, por Manuel Rojas. Santiago de Chile.

Con estos títulos se ha enriquecido la tan preciosa COLECCION UNIVERSAL de que es editora Espasa-Calpe, S. A., Madrid:

Carlos Dickens: ***Martín Chuzzlewit***. En tres tomitos. Trad. del inglés por José Menéndez Herrera.

Stendhal: ***La abadesa de Castro***. Trad. del francés por Concha Méndez de Altolaguirre.

Stendhal: ***Amancia*** o algunas escenas de un Salón de París en 1827. Trad. del francés por Jorge Rubio.

Hay en Quito una poetisa que vale mucho: Flor de Té. Nos ha mandado este libro: ***Hojas y brotes***. Quito. 1933.

De varios lugares de nuestra América, las siguientes obras que recomendamos:

Por la Editorial «Cvltvra» de México, 1933: ***Biografía impersonal***, por Juan Manuel Ruiz Esparza.
Con el autor: 9.ª Londres 203. México, D. F. México.

De nuestro amigo el hondureño Arturo Mejía Nieto: ***El perfil americano***. (Ensayo de interpretación de la realidad americana). Librería Ancaonda. Buenos Aires, 1933.

Este ensayo de Raúl Silva Castro: ***Nuestro problema bibliotecario***. Santiago de Chile. 1932.

Por el editor Arturo Zapata de Manizales, Colombia, nos llega: Tomás Calderón (Mauricio): ***60 minutos***.

En las publicaciones del Ministerio de Educación Pública del Ecuador: Fernando Chávez: ***Ideas sobre la posición actual de la Pedagogía***. 1933. Imp. Nacional. Quito.
Con el autor: Apartado 120. Quito, Ecuador.

Donación del autor: ***Los cantores populares chilenos***. Por A. Acevedo Hernández. Editorial «Nascimento». Santiago de Chile. 1933.

Ha salido un libro de versos que anunciamos: ***Alabanzas***, por Hernán Gómez. En la editorial B. A. B. E. L. Buenos Aires. 1933.

Un libro de lectura para Primer Grado Inferior, aprobado por el Consejo Nacional de Educación argentino: ***Aspiración***. Los autores: Liberia Rovere y Oddine (Tronador 2769, Buenos Aires) y Eduardo Cocchi. Ha editado este precioso silabario la editorial A. Kapleusz y Cía. Buenos Aires. Lo ilustró ***A. de Angeli***.

Por las Librerías Anaconda, Buenos Aires, 1933, la poetisa argentina María Alicia Domínguez ha sacado una novela: ***Redención***. Ilustrada por Ml. Augusto Domínguez.
Con la autora: Güemes 1451. Vicente López. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Del Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, R. A.: ***Educación y plenitud humana***, conferencias de Juan Mantovani. M. Gleizer, editor, Buenos Aires, 1933.
Con el autor: Misiones 121. Buenos Aires. Rep. Argentina.

La Librairie Delagrave, de París, ha sacado un tomo de ***Les conteurs Hispano-Americains***. Los presenta nuestro amigo Georges Pillement.
Costa Rica está bien representada: con cuentos de Magón, Fernández Guardia (R.) y Carmen Lyra. Un precioso libro.

Espasa-Calpe, S. A. Madrid ha sacado ***Las catacumbas de la Rusia roja***, novela de Sofía Casanova. Madrid, 1933.

La misma benemérita editorial ha publicado en estos días:

Telmo Manocorda: ***Fructuoso Rivera, el perpetuo defensor de la República Oriental***. Madrid. 1933.
Es el tomo 36 de la serie ***Vidas españolas e Hispanoamericanas del siglo XIX***.

Memorias de Gustavo Stresemann. Traducción y extracto del original alemán por Felipe Villaveda. Madrid. 1933.

La tercera edición de las ***Poesías completas*** de Antonio Machado (1899-1930). Madrid. 1933.
Garcilaso de la Vega, por el poeta Manuel Altolaguirre. Madrid. 1933. En la serie ***Vidas extraordinarias***, el tomo 10.

Estractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

INDICE

DEL TOMO XXVII

AUTORES Y ASUNTOS



Imprenta de LA TRIBUNA